

Nº45 Diciembre 2025

No, ángel, no me tientes
con esta voz que no es la mía,
no me susurres palabras
que yo nunca he dicho,
que mi lengua torpe ni siquiera
sabe pronunciar.

Karin Monteiro-Zwahlen



En carne viva

Julia

Enríquez



En este número

Karin Monteiro-Zwahlen, La fiesta del consumo, Alberto Fernández G.,
Esteban Rodríguez Arroyo, Maximiliano Sacristán, Victoria Ache,
Anónimo Veneciano, El rincón de Cristiane, Héctor Olivera Campos,
Andrew Filip, José Reinaldo Pol García, Página 30,
Alejandro Romero Chamorro, Elcy Galindo, Esther Blanco Rodríguez

Karin Monteiro-Zwahlen

Tentación



el cuervo, por mucho que le enseñes,
no canta como un ruiseñor.

Déjame, ángel, con mi lengua áspera,
he masticado uno a uno
las piedras de esta tierra agreste
para poder saciar mi sed
con el agua cristalina
que nace entre las rocas.

No, ángel, no me tientes
con tu voz hermosa,
mejor callar que hablar
con palabras ajenas.

No, ángel, no me tientes
con esta voz que no es la mía,
no me susurres palabras
que yo nunca he dicho,
que mi lengua torpe ni siquiera
sabe pronunciar.

No, ángel, no digas al granito
que brille como el diamante,
no pidas a la pizarra
que reluzca como el rubí,

Con voz de
mujer

Editorial La fiesta del consumo

Ya se acercan, nos recuerdan los supermercados y los ayuntamientos, con sus luces y turrone, las fiestas de la Navidad, festividades del solsticio de invierno que, año tras año, son una fiesta del consumo, lejos de todo cariz religioso (eso es bueno) y de todo lo que no sea consumir (eso es malo). Gracias a ello muchas empresas cuadran balances, pagan pagas extra y horas extra, y sacan el género que tenían acumulado, y que si no se vende quedará para las rebajas. Yo solo puedo decir que, aparte de celebrar mi aniversario con una estupenda comida con amigos, lo único que me parece oportuno celebrar, y es mucho, es el estar en el primer mundo y no carecer de nada. Por lo demás no deja de ser absurdo esta vorágine del consumo, que todo lo barre hacia delante y que te invita a tomar parte en ello si no quieres tener la etiqueta de bicho raro y quedarte aislado ante la masa que celebra porque hay que celebrar.

Ya consumimos bastante todo el año hasta el punto de ser eso lo que nos distingue como especie y dentro de ella. Aunque sea financiándose, la gente compra de todo, se deshace de lo viejo y viaja por el mundo con una sonrisa en la boca, ante nuestros mares repletos de cayucos. Pero no hay que ser moralista. Los hogares se endeudan y van pagando el capricho de vivir, sin mayor trascendencia que el partido de futbol, las discusiones en el bar y el circo mediático, politiqueos incluido. No me gusta este mundo, no.



Y para todo ello te preparan desde chiquito, día tras día, con disciplina y talante, mientras llegas a tu juventud sin ninguna certeza de nada pero muchos cuentos en la barriga y cabeza. La religión no es un cuento menor, tiene mucho poder manipulando conciencias entre aquellos que se entregan a los valores. Los cogen ya desde chiquitos y les van guiando, haciéndoles creer que esta es su fiesta. Hoy en día, en los tiempos gloriosos de la imagen y el esperpento, los hay jóvenes y no tan jóvenes que

llevan un crucifijo en el pecho y dicen que Halloween es una fiesta extranjera, como si Jesús, ese invento de los curas, hubiera nacido en burgos.

Luego están tus colores, los de “tu” equipo , que te tienen distraído todo el año y te hacen pensar que no hay otra cosa, mientras el fanatismo crece y los clubes hinchan sus arcas con sus camisetas, un buen regalo para estas fiestas. Y así vamos sumando cuentos que nos convenzan de una presunta identidad, que se evaporará al menor golpe de la vida e insistiremos en mantener, a pesar de ser nada en el universo. Bueno sí, algo somos: somos la especie que puede cargarselo todo. En fin, que hoy no me levante optimista. Voy a gastar un poco, a ver si así se me pasa la depresión.

Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº45 Diciembre 2025

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante

no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.



Hoy he vuelto a pasar

Alberto Fernández González

Hoy he vuelto a pasar
por el frente de tu puerta,
que es mi alma,
por el frente de tus labios
que casi nunca me hablan.

Hoy he vuelto a pasar
por tu sonrisa bandida
y los poros de tu cara.
Hoy he vuelto a llorar
con mi alma abandonada.
Tus ojos eran sinceros,
y tus manos, sin mi anillo,
de tu vida me contaban
que aún me sigues queriendo,
y pese a todo te marchas.

Hoy he vuelto a pasear
aceras de madrugada
mientras ibas a mi lado
sin que a mí te uniera nada,

nada más que los recuerdos,
y los recuerdos se estancan
dormidos bajo la mesa
que otras flores engalanan...
y dices que aún me quieres,
y mi alma se acicala
pendiente de un paso tuyo
que convierta mi esperanza
en algo más que la espera
que me va hundiendo su daga.

¡Qué sabes de soledad!,
y me dices que la sientes;
¡qué sabes de sufrimiento!,
y mis lágrimas no mienten;
¡qué sabes lo que es vivir
tantas jornadas de muerte!
Hoy he vuelto a pasar
por el frente de tu amor,
pero no ha pasado nada.

Todo está por terminar (y XIII)

A día de hoy, el concepto de pueblo y aldea, parece llevar consigo asociado cierto negativismo. Por un lado, tenemos la idea de que, debido a la dispersión de sus núcleos poblacionales, existen ciertas carencias. Cuando profundizas fehacientemente en ese razonamiento, hasta el punto de llegar a comprender si de verdad son necesarias todas las cosas de las que disponemos, uno puede ser plenamente consciente de que, en realidad, es el campo el que nos otorga más de lo que necesitamos.

Estos años he podido comprobar como la tierra es agradecida, te aporta alimentos más saludables de los que puedas encontrar en la nevera del mejor supermercado. Los vecinos, por regla general, son personas dispuestas a ayudarte, personas que conocen tu nombre, que te saludan, conversan y de las que puedes aprender mucho de su experiencia vital. El ritmo es continuo, pero pausado. El tiempo se disfruta y se aprovecha. La televisión se convierte en un mueble más de la vivienda, que puede pasar días sin ser atendido. La lluvia tiene su propia música, su propio olor, limpia y es digna de ser contemplada. Los quehaceres son diarios, pero no obligados ni cronometrados. El silencio es inspirador y cómplice del significado del paso del tiempo. Un atardecer puede convertirse en la mejor película.

Aquí he podido frenar y apagar mi cabeza de todo el ruido exterior. Este es para mí, el lugar donde poner siempre los pies en la tierra, donde enorgullecerme de mis raíces y de mis antepasados. Donde ser consciente de quien soy. El lugar que me otorga el equilibrio entre dinero, vocación y ego. Y el lugar que hace las veces de refugio emocional, como de celebración masiva.

De forma realista, quizá sea complicado ejercitar la vida diaria en lugares como este. Puede que no sea práctico, ni cómodo, pero veo imprescindible que todos y cada uno de nosotros, seamos conocedores de nuestros orígenes; de la evolución familiar, del lugar de donde proceden nuestros ancestros. Que sirva como ancla, como fijación mental para no dejarnos llevar por egocentrismos ni prepotencias. El pueblo debe ser un lugar para algo más que el turismo de aislamiento voluntario.

Independientemente de la elección de vida que cada uno libremente ejercite, debemos respetar la aldea y todo lo que ella representa. Ser observadores, aprender de la naturaleza que la rodea, y no perder todos aquellos quehaceres artesanales que ella guarda.

En un mundo tan globalizado como el que nos encontramos, donde las apariencias tienden a convertirse en el principal y el fondo pasa a segundo plano; quizá sea el momento de pararse a reflexionar sobre el legado que estamos sosteniendo. Otorgarles a las cosas su valor, pero no anteponer este último a todo. El dinero, la fama, el poder, elementos necesarios, pero no primordiales, se han ido anteponiendo de forma paulatina al

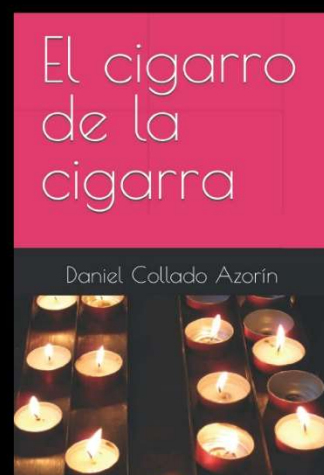
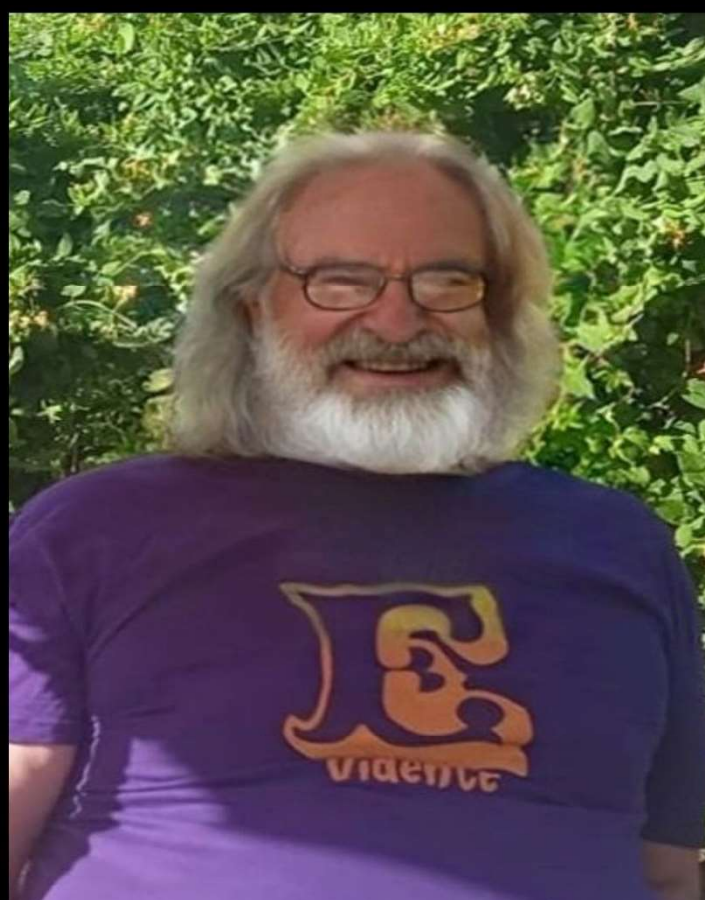
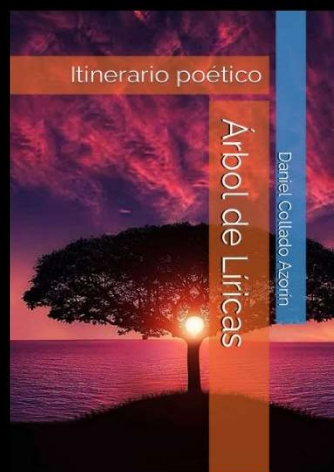
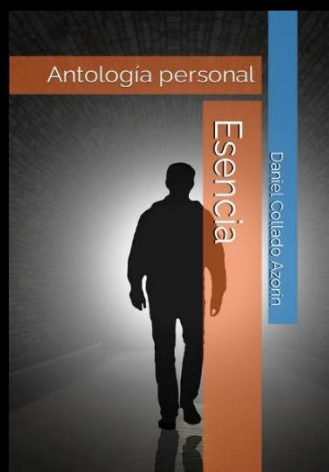
conocimiento, el colaboracionismo y el crecimiento personal, tanto del individuo, como de la sociedad en la que se integra.

Los arquitectos mismamente, tendemos a buscar nuestra prevalencia en el tiempo creando obras que puedan ser atemporales y que nos otorguen fama y reconocimiento. Que la existencia de nuestras obras sea posterior a nuestra presencia en este mundo, es humano por naturaleza. Pero en ocasiones olvidamos conceptos indispensables como la funcionalidad, la practicidad, la economía, la durabilidad, y nos quedamos únicamente en el mensaje que ese momento buscamos transmitir. En los pueblos y en la arquitectura tradicional, todo esto, queda determinado y limitado por las propias costumbres y requerimientos del diario. Y es precisamente ese aprendizaje que nos determina la propia necesidad, lo que debemos de tener presente en cada pensamiento.

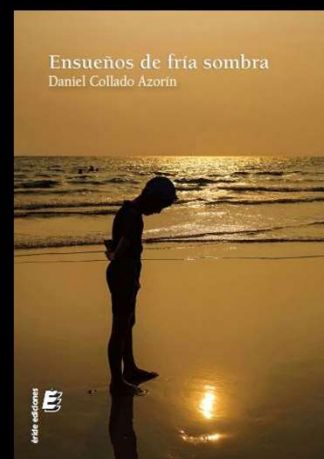
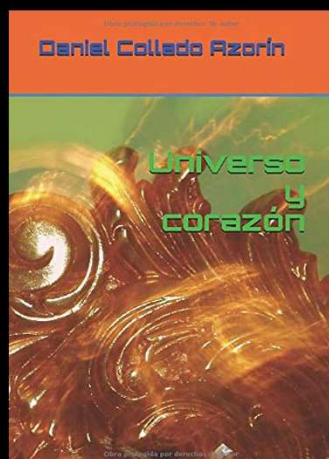
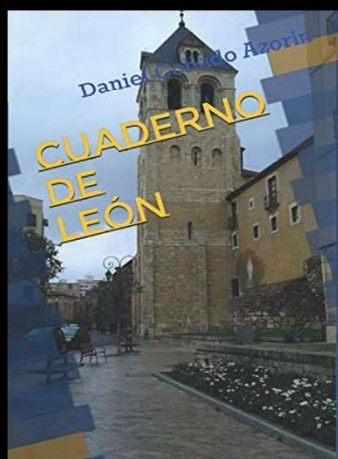
Recordar de dónde venimos, puede ser un gran referente para saber hacia dónde vamos. Y por el camino, disfrutar de lo que está por terminar.

Elena Bravo Delgado





escritordaniel.es



En carne viva

**Julia
Enriquez**

En carne muy viva

Esta serie es una confesión y una confrontación. Cada retrato desmantela los mitos higienizados de la feminidad y deja ver algo más duro, más sucio, más vivo.

Fotografiadas con el flash despiadado de una cámara digital, estas figuras femeninas se niegan a ser ordenadas.

Actúan, se derrumban, seducen, se ensucian. Algunas lloran. Otras te retan con la mirada. Y hay quienes

simplemente no se percatan de ser observadas.

Habitan espacios de transición: baños, asientos traseros, callejones. Sus cuerpos están cansados y excitados a la

vez. En ellos coexisten el poder y la fragilidad. Coquetean con el desastre sin entregarse del todo.

Esta obra busca visibilizar—lo brutal, lo grotesco, lo erótico y lo sagrado de ser mujer, o ser leída como tal.

¿Qué significa sobrevivir en un cuerpo que es a la vez un espectáculo y un misterio?

¿Es valioso performar la feminidad cuando no te protege?

¿Y qué queda—tras el espejo, la fiesta, el derrumbe—más allá de la bella y absurda necesidad de seguir viva?





Anastasia, 2025



Desirée, 2024



Pink, 2025



Carmen, 2024



Natalia, 2025



Star, 2025



Camila, 2024



Aubrey, 2025



Kika, 2024Kika

El perverso

El título seguramente no hace justicia al contenido presentado en este estudio. La definición del diccionario es poco útil para llegar al fondo del asunto que nos ocupa: persona de costumbres que se consideran socialmente negativas o inmorales. ¿Quiénes las consideran?, ¿una mayoría establecida, cómo de establecida, es que el criterio estadístico es el único válido? Pero si lo decisivo son esas costumbres negativas o inmorales, esa negatividad e inmoralidad sería el factor determinante para considerar a una persona perversa. Sin embargo, como sabemos, las costumbres sexuales varían con lugares, tiempos y ambientes por lo que si mucha gente de un determinado lugar y momento se considera perversa habría que desplazar la línea que separa las conductas positivas y morales de las negativas e inmorales, lo correcto de lo excesivo o anómalo, lo normal de lo extravagante o desnaturalizado. Podría pensarse, entonces, que es más bien la propia opinión personal la que sitúa decididamente al perverso entre los perversos: es perverso quien se considera a sí mismo perverso. Pero quizá esa voluntaria autodenominación sólo sea un deseo ingenuo de escapar de la normalidad con la tímida provocación de lo atrevido y atractivamente seductor. Entre tanto otros, en otros entornos más decididamente depravados, consideran su propia actitud apocada y se esfuerzan a costa de grandes sacrificios personales en elevar su perversión a cotas de aberración más altas e inaccesibles para el común de los mortales. Así pues, no necesariamente es el deseo de ser perverso lo que convierte al torpe aspirante en realmente perverso, sino una elaboración cuidadosa, atenta y disciplinada de los detalles morbosos y su significado, de las prácticas, deseos, sentimientos y vivencias del sujeto. Podría pensarse entonces en acudir de un modo más o menos objetivo y socialmente respaldado a esas demarcaciones dadas por el diccionario vigente, que nos ofrece la posibilidad de distinguir entre lo positivo y lo negativo, entre lo moral y lo inmoral. En efecto, no hay negatividad sin positividad, al menos postulada, ni inmoralidad sin normas. Por lo tanto, lo único que sabemos es que la perversión es relativa, y problemática, en su esencia y en sus implicaciones sociales. Y si el deseo de perversión no es suficiente para alcanzarla de un modo pleno y convincente al menos es imprescindible como deseo de transgresión, de abandonar la norma habitual, aunque ese abandono pudiera parecer ingenuo o insípido a una persona más experimentada y sofisticada y con una ya larga trayectoria en la perversión activa.

Leyendo perfiles en alguna página de citas para encontrar el amor he visto con sorpresa que se consideran perversas personas con perfiles bastante corrientes

Leyendo perfiles en alguna página de citas para encontrar el amor he visto con sorpresa que se consideran perversas personas con perfiles bastante corrientes en otros sentidos, incluidos los aspectos sexuales y emocionales. Esto me ha llevado a indagar y tratar de averiguar qué pasa por

las cabezas de esas personas y en sus cuerpos cuando afirman de sí mismas que son pervertidas y por qué lo dicen o lo piensan. Porque quizá a partir de cierta edad sólo así se puede despertar el deseo o alentar la posibilidad de un encuentro sexual que podría desembocar finalmente en el amor buscado o sustituirlo sutilmente.

Evidentemente, no hay aquí escrito nada, por el momento, que pueda incitar a una persona pervertida y consecuente con su perversión a considerar interesantes estas frías palabras reflexivas y analíticas como una fuente de morbo y excitación sexual en consonancia con su propia perversión siempre sometida a la tensión entre lo normativo-caduco y lo inútilmente trasgresor de normalidades decepcionantes. Y esto es así porque, mientras no salgamos (nótese que aquí esa deliberada introducción del plural, así como esa llamada igualmente impersonal del “nótese”, además del lenguaje pulcramente aséptico, producen un alejamiento de las pulsiones viscerales que podrían tener algún efecto morbosos en la persona seducida por el asunto tratado en estas líneas) de la intención analítica y reflexiva, todas las manifestaciones morbosas que podrían despertarse desde lo más hondamente visceral y estremecedor se ven irremediamente neutralizadas y sofocadas por la fría racionalidad analítica, que puede extenderse incluso a las prácticas y vivencias mencionadas de la supuesta perversión. Un tratado de perversiones puede ser interesante y prometedor, de él pueden surgir multitud de ideas y prácticas altamente perturbadoras y estimulantes para evitar que la perversión rápidamente se transforme en su opuesto por la falta de tensión entre la rutina normalizada y la experiencia arriesgada y excitantemente perversa; pero para lograr una mayor inmersión, o al menos alguna, en las aguas turbias de la perversión consumada habría que abandonar el lenguaje aséptico impersonal y académico y, progresiva o abruptamente, introducir una serie de vocablos de uso vulgar e insolente y no sometidos a tratamiento referencial. Por poner un ejemplo, si yo (y fíjate cómo aquí ya digo yo, cuando a mí me da la gana, y no ese pusilánime nosotros que a ti te la deja floja y te exaspera cuando ya te habías hecho ilusiones de encontrar en estas líneas un relato al menos ligeramente grosero y escandaloso, y de esta forma favorezco la empatía excitante y si cabe aún más irritante por la insistente recaída en ese academicismo distante y siempre amenazador de frases largamente enrevesadas que exigen una concentración que no deja espacio para que la excitación haga de las suyas) pusiera un ejemplo de alguna mención provocativa de una práctica sexual considerada pervertida, no podría empezar diciendo sin más correctamente: al masajear suavemente el clítoris con la lengua se produce una estimulación de..., sino más bien así: cuando le metas la lengua en el coño, etc. No casualmente es la lengua el factor común.

**al masajear
suavemente el clítoris
con la lengua se
produce una
estimulación de...,
sino más bien así:
cuando le metas la
lengua en el coño, etc**

Evidentemente, no vamos a hacer eso aquí, en un artículo serio y sujeto a censura como este no podríamos usar esos giros impropios y vulgares ni siquiera como ejemplo y debemos optar más bien por esa elegante variedad de escaqueos propios de aquellos autores decimonónicos que mantenían siempre al autor en la pureza intachable de la corrección y el buen gusto socialmente admitido. Por lo tanto, el ejemplo no sirve, no sirve copiar, no sirve mencionar ni mostrar, hay que

ser, el perverso genuino lo demuestra siempre con el ejemplo y la actitud; una perversión que se escamotea con delicadezas decepciona, pero también una demasiado forzada y deliberadamente provocadora fracasa en su artificio por su mismo exceso antinatural y grotesco además de poco convincente.

Actúa, no pienses, sé, no analices, para que la lengua realmente alcance su objetivo. En esa lucha entre la literatura y la vida primigenia una de las dos ha de ser derrotada, la máxima corrosión se alcanzaría allí donde el equilibrio es precisamente perfecto y no hay derrota. Por eso las mejores novelas eróticas no son muy buena literatura. Por eso si la extravagancia es excesiva y refinadamente grotesca (véase Historia del ojo, de Georges Bataille) se pierde el efecto excitante y perturbador más eficazmente incluso que con la más anodina normalidad. Y, como queríamos demostrar, aunque no podríamos demostrar nada, el concepto de perversión es problemático porque vive en la tensión entre lo natural y lo excesivo sin asentarse definitivamente en ninguno de sus extremos. La perversión de lo normalizado pasa por su uso anacrónico y discordante, la provocación surge, al igual que ocurre en el sentido del humor, allí donde se da esa discordancia efervescente entre las palabras y sus usos, utilizar un lenguaje culto académico y distante en una apelación erótica puede ser más efectivo que las malsonantes palabras, gastadas ya apenas nacidas, y artificiosamente exageradas de los autores genuinamente antiintelectuales y efectistas. Un buen ejemplo de esto son las novelas de Milan Kundera, especialmente La inmortalidad, excelente literatura, levemente perversa y altamente erótica.

**Actúa, no pienses, sé,
no analices, para que la
lengua realmente
alcance su objetivo. En
esa lucha entre la
literatura y la vida
primigenia una de las
dos ha de ser
derrotada,**

Esteban Rodríguez Arroyo.

Visite la web del editor

Escritordaniel.es



Extraños objetos familiares

Maximiliano Sacristán

El teléfono móvil

Paralelepípedo teledirigido desde el stupidarium, hoy la gente se zombiza día y noche adorándolo. Subyugados abombados por la tecnolatría insidiosa. La inocente pantallita se les ha vuelto garrapata adherida a la piel, talismán del espejismo de la comunicación. Millones de aladinos postmodernos frontan su lámpara mágica con un índice. Y el genio recargado reaparece, sumiso. Los he visto trotar por el parque con ese rectángulito tatuado contra un brazo; los he visto cruzar rieles, puentes y calles cabizbajos y obnubilados por sus tótems de aluminio silicato; los he visto reunirse a su alrededor, como si fuera un fueguito fatuo, para reír con unas voces dobladas en mejicano; los he visto escuchando unos mensajes acelerados en fast forward, subestimando en caricatura al otro, porque no hay tiempo que perder... Han logrado, en fin, la maravilla técnica de estar conectados todo el tiempo, minuto tras minuto. Lástima que aún no han encontrado nada interesante que decirse.

La biblioteca

De los extraños objetos en vías de extinción, hay unos cuantos que duermen de pie el sueño de los justos, coronados de gloria y polvillo en húmedos almacenes de papel encuadrado que aún llaman bibliotecas públicas. Dichos lugares se mantienen abiertos al lector fantasma sólo por costumbre, es decir, por respeto a esos artefactos impresos que aún gozan de gran prestigio social, aunque, eso sí, desde lejos. Conceptualizar, abstraer o concentrarse son verbos en desgracia, fundamentales para el hábito de la lectura pero muy exigentes para las capacidades cognoscitivas del burgués promedio de hoy. Por estos días la gente prefiere las pantallas en sus múltiples formas,

incluso como sucedáneo del libro. El esfuerzo intelectual ya no paga, y un fotograma lúbrico vale más que mil palabrotas, eso lo sabe cualquiera.

Por lo demás, ni al Márquetin ni al poder tampoco les agrada eso de andar leyendo, de andar pensando. ¿Cómo interrumpir con una publicidad a este Cíber desconectado que, encerrado en su cuarto, se encierra a su vez en un libro? ¿Cómo llegarle a un lector de verdad, en fin? Un anticonsumidor o librepensador es inapresable e inaprensible... Mejor entonces que el hábito muera de una vez, para que esos improductivos depósitos celulósicos puedan reconvertirse en algo más acorde a nuestros tiempos acelerados y livianos, como por ejemplo unos atractivos gimnasios con televisores colgantes, música funcional y luz, mucha luz.

La cripta

Esos “seres queridos” que yacen allí, enfriados hace mucho, lo serán para otros...

Porque para ellos, los okupas, son perfectos extraños. La familia Martínez Unzué, tal como reza tallado en el granito de la fachada, aún no se ha enterado de que tiene visita. No obstante tan tétrico recurso, la edificación subterránea protege a la familia Fraccassi del invierno y la lluvia. Preferible este agujero marmóreo de la alcornica local a dormir bajo un puente... Por deshauciados, los Fraccassi se volvieron invasores de un cementerio fino, aunque extrañamente sin vigilancia. Una madrugada la urgencia los llevó a violar la pesada puerta de hierro de la cripta, y desde entonces los cuatro se reúnen allí para pasar la noche entre sarcófagos de trabajada madera y arañitas respetuosas que se descuelgan de la oscuridad sin hacer ruido. Al principio no les fue fácil conciliar el sueño en ámbito harto tanático, pero con el tiempo se acostumbraron a descansar entre huesos prestigiosos. Habiendo tanta gente destechada, piensan ellos con mentalidad utilitaria, ese espacio vacío de la cripta era francamente un desperdicio. Susurra al oído que entre la tentación y el amor solo existen dos puntos suspensivos, que se ocultaran antes de que nos sorprenda el amanecer.

Soy aquí

El mar está furioso, puedo oírlo.
Salgo al balcón y me invade
El olor a sal; la humedad
Impregna mi pelo.
La brisa de la tarde
Se ha convertido en viento.
Me siento lejos
De la mujer que fui.
El mar me trajo a mis adentros.
Soy de aquí, de esta arena suelta
Que vuela libre,
De la espuma que roza las rocas,

De la noche y los cuadernos
Llenos de retazos de vida
Y de miedos.
Salgo descalza y piso el cielo.
Siento que mis ancestros
Amaron esto.
Herencia del tiempo,
De la sal y de los viejos poemas
Que ya hablaron de mí,
Y yo de ellos.

Sueños callados

Me visitas en sueños callados
Evocando la eterna juventud.
Los labios húmedos,
La piel tersa, suave de tus manos
Y los ojos profundos, clavados en los míos.
Mi cuello y tus besos
¡Se llevan tan bien!
Dueños por la noche
De un tiempo inconcluso.
Burbuja estática de la luna
Por siempre amantes
De lo que no es ni será.

Despierto abrumada, mi almohada te busca
No hay manos ni labios,
Aún queda humedad.
Cronos continúa,
Aunque envejecamos
Aunque no queramos
Aunque desde siempre
Te extrañe sin paz.
Solo hasta luego, e Hipnos lo sabe
Que espero un mensaje, una señal.
Me visitas en sueños callados,
Porque eres recuerdo,
Porque ya no estás.
Ni soy esa joven.
¡qué cruel es despertar!.



Victoria Ache

CORTO, PERO NO MUCHO

Esta mañana me he acordado de ti de camino a la peluquería. Hacía ya varios meses que no venía a esta peluquería. No es que me pille lejos de casa —aunque esto sea cierto, ni que últimamente haga mucho frío — que también—, es simplemente que decidí dejarme el pelo algo más largo. No te pienses que me he dejado una melena, ni mucho menos, es simplemente algo que noto al peinarme. El peluquero me recibe como si me conociera de toda la vida. No sé cómo es capaz de recordar cuatro datos triviales de todos y cada uno de los clientes para conseguir hacerles sentir especiales. La falsa cercanía que sientes hacia un tipo que solo ves unas pocas veces al año, por lo menos en mi caso. Supongo que eso de tener la impresión de que este tipo me conoce de algo me hace rebajar la tensión cuando acerca una navaja a mi cuello. Me siento para que me laven el pelo y, durante un minuto, laten en mí pulsiones homosexuales que creía olvidadas y que solo te confesé a ti. En cuanto Pedro —que es como se llama el peluquero, mi peluquero— termina de enjuagar el champú, abro los ojos, advierto su mirada cansada y su camisa de rayas y olvido esas fantasías. Jamás me he atrevido a hacerle ninguna broma a Pedro sobre su calvicie. Ni siquiera con la estúpida coetilla de “te lo habrán dicho muchas veces”.

—¿Lo de siempre?

—Lo de siempre, Pedro.

—Vale —noto que espera un añadido por mi parte, de lo contrario, comenzará con su corte estándar, que ya he visto hacerle al cliente que me precedía.

—Corto, pero no mucho.

—Estupendo. Como siempre, entonces.

Estoy casi seguro de no haberle dicho nunca cómo quería que me cortara el pelo. Creo que ya la segunda vez que vine aquí, hace ya unos años, cuando todavía vivíamos juntos, me preguntó si lo quería “como siempre”. Quizás todas nuestras interacciones denoten cierta aspiración a esa cercanía que tanto ansiamos en la ciudad, y que tanto puede llegar a repeler en los pueblos más pequeños. Por mi parte, disfruto enormemente viniendo a la peluquería porque es el único lugar en el que puedo concentrarme en mis pensamientos, por eso probablemente me acuerde tanto de ti cuando me cortan el pelo. No me gusta hablar con los peluqueros, y eso es algo de lo que Pedro se dio cuenta rápidamente. Quizás se deba a que no estoy cómodo hablando con alguien a través de un espejo: las miradas se buscan y se encuentran rápidamente, como si el espejo fuera un imán. Me pasa lo mismo en los taxis: puedo contar mis más oscuros secretos a un taxista mientras miro por la ventanilla y el taxista tiene su vista clavada en el tráfico, pero si se atreve a buscar mi mirada por el espejo retrovisor y yo cometo la osadía de mirar hacia el mismo punto, enmudezco.

Como te decía, me he acordado de cuando vivíamos juntos por aquí. Ayer en el periódico leí que habían subido los precios de las casas por la zona, algo que no entiendo, teniendo en cuenta lo sucio que está el barrio. Eso no ha cambiado, desgraciadamente, o quizás haya ido a peor. Cuando vivíamos juntos, recogían la basura más frecuentemente y había menos perros. Eso es. Había menos perros y más niños. Menos perros y más limpieza. Creo que fue ayer mismo cuando una señora mayor comenzó a increpar a una joven pareja que paseaba a su perro.

—Ya podías haber tenido un hijo en vez de comprar un perro, seguro que sería más civilizado.

—Es adoptado, señora, no comprado.

—Pues ya podíais haber adoptado un niño y no un perro.

Creo que sabrías de qué señora te hablo, aquella que siempre agarra el bolso cuando se cruza con alguien

por la acera y que lleva un abrigo de su juventud arrastrándolo por el suelo, negándose a asumir que con la edad ha empequeñecido. Un día me crucé con un chico que la acompañaba. Tenía una edad indeterminada. Una de estas personas que pueden tener entre veinte y cuarenta y cinco años, o sea que podía tratarse de su nieto o de su hijo. Podría incluso ser una compañía amorosa, esas que generan escándalo sobre la mujer cuando ella es la persona mayor y sospechas sobre la mujer también cuando el mayor es el hombre. En la peluquería ya he escuchado varios comentarios de ese tipo sobre la nueva novia del panadero, que es, diría, unos veinte años menor. En fin, en la peluquería se oye de todo, es una forma rápida de ponerse al día de la actualidad vecinal, de lo mundano. Antes un cliente comentaba que iban a abrir una nueva hamburguesería en el local de al lado del de Pedro, que mientras me corta el pelo escucha con atención la radio, tratando de captar alguna noticia con la que pueda sacarme algo de conversación. Porque también se habla de alta política en la peluquería, todo cabe en estos veinte metros cuadrados.

Recuerdo que, cada vez que subía de la peluquería, te reías del corte que me habían hecho. Siempre me cortaban más de lo que hacía falta: ya fuera Pedro o el de la otra peluquería. Por otro lado, es normal, esta gente se dedica a cortar pelo. Es su droga. No pueden parar y, cuando se dan cuenta, es demasiado tarde para reparar el daño causado. Lo mismo ocurre con los jardineros: viven por y para cortar. Aunque, pensándolo bien, si no cortaran tanto el pelo a sus clientes fieles, estos tendrían que volver más a menudo.

Quizás es que los peluqueros son los últimos profesionales que no sucumben al voraz capitalismo. Verdaderos artistas desinteresados. ¡Poetas! Referentes morales de lo estético. Me encantaría poder compartir todas estas tonterías que se me ocurren contigo.

Veo por el espejo que una madre mira cómo el chico al que ha contratado Pedro corta el pelo a su hijo de unos seis años. El niño está con los ojos húmedos a punto de llorar, viendo cómo un señor mayor le está cortando una parte de su ser: ¡el pelo! Y transformándolo en otra persona. Le está arrebatando su identidad, su esencia, y todo ello no solo permitido, ¡sino promovido! por su propia madre. Ella, sin embargo, parece encantada con el corte tipo tazón que le está haciendo. Dudo si detener la masacre o permanecer callado en el sillón. Ese corte debería estar penado. Tú a tus hijos siempre les hiciste llevar el pelo corto. Salieron tan disciplinados como lo requería el corte de pelo, o quizás fuera al revés, y esos cortes de pelo militares moldearon su firme personalidad. Creo que les llevabas a todos a la vez. Lo contrario habría sido una pérdida de tiempo con cuatro niños. Hace tiempo que no hablo con ellos, quizás se deba a que últimamente ando algo triste desde que te fuiste.

Pedro mantiene la costumbre de desinfectar la cuchilla con alcohol y una llamarada. Dudo mucho de la eficacia de esta técnica. Juraría que él también, y que solo lo hace para otorgarle cierta épica a su noble oficio, como para asemejarlo a lo circense, o al fragor de una batalla. Le otorga cierta virilidad, no lo voy a negar. En otros países, las peluquerías abren los fines de semana y hasta altas horas. Aquí tienen un horario comercial algo limitado y los accidentes laborales son pocos y raros, pero este gesto trae consigo algo de heroicidad. En cuanto desaparece la llamarada, el niño mantiene su vista fija en la cuchilla que acaba de resistir al fuego.

— Mira cómo se ha quedado. ¿Te da miedo el fuego, chaval?

—No —el coraje por obligación, nunca por decisión.

—Pues debería. Oye, ¿y los críos qué tal están? —este es uno de los pocos detalles que es capaz de recordar sobre mí, un cliente anodino que una vez le comentó que era padre de cuatro hijos, todo varones.

—Hace algo de tiempo que no les veo.

—Pasamos a maquinilla. ¿El número 4 te viene bien?

—Sí, como tú veas. Eres tú el experto.

—¿Y cómo es eso que no les ves? ¿Viven fuera?

—Sí. Bueno, no. En realidad, viven fuera dos. Los otros dos viven aquí, pero algo lejos. Es que, con el trabajo y demás, tienen siempre mucho lío y les es más difícil venir.

Creo que se ha dado cuenta de que no me apetece mucho hablar del tema. Pronto empezará a darle conversación a la madre del niño. Hay peluqueros a los que les gusta hablar y peluqueros a los que no. Igual que hay cocineros a los que les gusta cantar mientras trabajan y otros a los que no. Pedro es de los que les gusta hablar y siente que las palabras se le empiezan a atragantar si no consigue mantener una conversación con alguien más de cinco minutos seguidos, por eso siempre me gusta venir a la peluquería cuando hay más gente. Aunque no tenga nada que hacer por las mañanas, siempre cojo cita por las tardes, cuando hay menos huecos disponibles, pero también menos posibilidades de tener que afrontar una conversación con alguien que pretende ser experto en geopolítica, pandemias mundiales, deportes, protocolo y gastronomía. Capaz de tener una opinión formada sobre cualquier asunto. Para ti, esa clase de gente merecía toda tu admiración. Eruditos en lo universal. Por mi parte, tengo la sensación de que se limita a repetir la primera opinión que escucha sobre cualquier tema, lo me irrita profundamente.

—Bueno, pues ya estaría.

Agarra un espejo y lo sujeta alrededor de mi nuca. Me gustaría poder contar con esta posibilidad más a menudo, la de tener una visión en todo momento de esos puntos ciegos del cuerpo que uno no puede ver más que en ocasiones especiales: la nuca cuando terminan de cortarte el pelo, la espalda cuando te hacen una foto sin avisarte, la parte de arriba de la cabeza cuando entras en uno de esos ascensores lleno de espejos... Me acuerdo de que siempre decías que te hubiera encantado poder decorar una sala de la casa enteramente con espejos, como una especie de atracción de parque de atracciones.

—Doce euros, serían.

—Aquí está. Muchas gracias.

—Te veo dentro de poco, tú que eres aún afortunado de poder seguir viniendo a cortarte el pelo, no como yo —el niño ríe por lo bajo.

Creo que voy a acercarme un rato a la floristería. Ahí, la transacción es por un bien, no por un servicio, por lo que la conversación es mucho más directa, o aburrida, como dirías tú. Ojalá poder contarte todas estas cosas que se me pasan por la cabeza. Hace bastante frío últimamente, pero eso está bien porque significa que cada vez huele más a madera quemada y a castañas asadas. Algunos aromas devuelven a la ciudad algo de rural, como si se tratara de los últimos aromas en desaparecer bajo el asfalto. El último resquicio del bosque olvidado No sé qué haré esta tarde, igual llamo a los chicos. De momento, voy a cruzar el parque y pasar bajo el puente aquel del que saltaste a dejar estas flores. Espero que te gusten.

**Anónimo
Veneciano**



EL RINCÓN DE CRISTIANE



Obra de Cristiane Ventre

FAUSTITO

Nadie recuerda, con seguridad, cuando se nos unió aquel peregrino en nuestra andadura por el Camino de Santiago. Pero lo cierto es que nuestro grupo aminoró el paso para **quenos** pudiese acompañar el hombre, en edad provecta, y su muñeco Faustito, con el que mantenía frecuentes y surrealistas diálogos.

Nuestro nuevo compañero nos contó que estaba disfrutando de un permiso penitenciario y que llevaba a cabo la peregrinación, no solo para hacerse con la compostelana, sino, también, con el incentivo añadido de una rebaja de su condena en el marco de un programa de reinserción social. Los psicólogos de su prisión consideraban que hacer el Camino favorecía la introspección y ayudaba a que los individuos fuesen menos impulsivos. Además, el compartir vivencias con otros peregrinos, propiciaba la empatía y el respeto al prójimo.

El ventrílocuo había sido una figura televisiva famosa en un tiempo añejo de galas, fracs, pajaritas y estética kitsch estomagante. Tras su arresto, y el posterior escándalo, emergieron numerosas leyendas turbias trenzadas en torno al sujeto; se habló, entonces, de evasión fiscal, blanqueo de capitales, estafas e, incluso, de palizas por encargo y otras prácticas mafiosas. El farandulero no tuvo problema en darnos su versión acerca de esas acusaciones, nos confesó que su único delito fue la evasión fiscal y que su condena era ejemplarizante y destinada a meter miedo a los contribuyentes. El resto de los cargos los tachó de falsos y producto de una campaña de desprestigio.

Hay que reconocer que el ventrílocuo no tenía aspecto ni comportamiento siniestro, era campechano, bromista, exhibía una bonhomía amanerada y su sonrisa amplia y de porcelana, asomaba con prodigalidad en sus labios. En las paradas para comer y descansar, nos deleitaba haciendo hablar a Faustito, un ser que gastaba un humor grueso, deslenguado e impertinente. Pasamos una semana divertida y amena, disfrutando de la compañía del artista. A todos nos parecía un tipo genial y se estableció entre nosotros un buen ambiente de camaradería. La única pega que le encontramos es que era bastante tacaño.

Como estaba en peor forma física que nosotros, que éramos jóvenes, cuando llegábamos a cualquier albergue, se dejaba caer en los camastros a plomo y se ponía a roncar a toda máquina. Sus ronquidos y el arrancarse, en público, los pelos de la nariz con unas pinzas, fueran las únicas molestias que nos deparó. Nos llamó la atención, eso sí, que durmiera en la cama con su muñeco en vez de guardarlo en una caja.

Al llegar la séptima noche que pasamos juntos, el ventrílocuo se desparramó, una vez más, sobre la cama inferior de una litera, sin tan siquiera quitarse la ropa ni los zapatos, no sin antes acunar a su lado a Faustito. Todos dormíamos en la misma sala, así que no podíamos evitar mirarle. Alguien dijo que, viéndole vestido y boca arriba, parecía un muerto de cuerpo presente en un velorio. El muñeco, rígido y de facciones grotescas, añadía extrañeza a la escena, pobremente iluminada por una bombilla que colgaba del techo como un tubérculo suspendido en el vacío.



El ventrílocuo no roncó aquella noche. En mitad de la profunda madrugada nos despertó unas voces de ultratumba, era el artista que gritaba en sueños mientras se agitaba en su cama. Aguzamos el oído: “¡Dime dónde está el dinero!” y “¡Os mataré!”; eran las dos frases que repetía sin cesar y las únicas que lográbamos entender. Tratamos de despertarlo, hasta lo zarandeamos, sin resultado alguno, estaba como en trance. Óscar propuso arrojarle un cubo de agua, pero le contuvimos.

El tipo se calló de repente, pero nosotros ya estábamos alterados y no éramos capaces de conciliar el sueño. Rigoberta propuso entretenernos con las cartas y nos pusimos a jugar a “La escoba”. ¿Ocurrió de veras o fueron los nervios destrozados de aquella maldita noche que nos jugaron una mala pasada? Lo único que recuerdo es que Rigoberta

levantó los ojos de sus naipes y de su garganta brotó el grito más espeluznante que he escuchado en mi vida. Todos nos giramos a ver qué pasaba. El muñeco se había apeado de la cama y vagaba solo por la sala como un sonámbulo. Al susto y al griterío le siguió una desordenada desbandada, huimos del albergue a la carrera para internarnos en una noche sin luna, fría e implacable.

Héctor Daniel Olivera Campos

HUELLA

Desde hace años intento volver a encontrar esa sensación de la gota de sudor bajando por la columna vertebral, pasando por cada una de las vertebrae y estimulando cada uno de los nervios conectores de las diferentes partes del cuerpo que sentí ese día con él. Dice un teórico del teatro que la parte mas importante del cuerpo es la columna vertebral, la que sostiene y conecta, la que se deforma y controla, la que puede hacernos posible ser los mejores intérpretes, pero debo reconocer que hasta ese día yo no tenia conciencia de mi columna, fue gracias a esa persona que pude ser consciente de su existencia, en ocasiones necesitamos a otro para descubrir lo que esta escondido a simple vista dando luz a lo oculto.

Volvamos a la gota porque desde ese día descubrí que la espalda es un territorio enorme. El camino de la gota seguía por el sacro, en ese momento sentí como todo la cadera y la pelvis se humedecían y se llenaban con el calor de esa gota, sentía como todos los nervios de mi entrepierna se activaban, pero el camino de la gota no paró allí, finalizo su recorrido dentro de mis nalgas y esa pequeña humedad llego hasta mi sexo y se desplazo por mis muslos, mis rodillas, mis pantorrillas hasta las punta de los dedos de mis pies, en ese momento tuve una imagen de mi cuerpo mas allá de la piel, lo sentía palpar, sentía el recorrido de la sangre, el bombear del corazón, las señales nervioticas atravesando el cuerpo como pequeños rayos, sentía el fluido eléctrico de mi cuerpo, el aire entrando por mis pulmones recorriendo todo mi cuerpo, su respiración que entraba en mí, lo sentía adentro en el aire compartido.

Luego volvió a centrar la atención en la columna, sus manos fueron como una pequeña linterna que iluminaba mi cuerpo, con sus dedos iba recorriendo mi espalda, por un momento sentí como si me desconectarán la cabeza del cuerpo, como si me decapitarán. Esta vez el recorrido fue a la inversa y con mi ya sensible cuerpo sentía con claridad la llama de sus dedos, estoy segura que hubiese podido en ese momento dibujar con exactitud la forma de cada una de sus huellas digitales. Inicio en mis nalgas e inmediatamente el sexo se contrajo y esa penetración hizo que mi columna se arqueara, el me sostuvo con fuerza, puso una de sus manos, estoy segura que la derecha en el centro de mi espalda en medio de los omoplatos, pude ver con claridad el tamaño de esa mano con todas sus líneas. Con el meñique continuo el recorrido inverso, luego el anular, después el corazón que iba recorriendo cada una de mis vertebrae torácicas, comenzaba a ver mis órganos internos palpitando, mis músculos del abdomen ajustándose para el golpe repetitivo, mis costillas conteniendo a mis pulmones a punto de estallar, mis senos endureciéndose y mis pezones erectos, mi corazón bombeando sangre a su máxima potencia. Luego continuo el índice atravesando mis vértebras cervicales, fue como un pequeño descanso; como un respiro, en ese momento ocurrió la pausa, ocurrió el beso, ocurrió la ternura, ocurrió

el momento previo a la locura. Su último dedo era el pulgar que finalizó el recorrido en el hueso atlas y fue allí cuando fui decapitada, mi cerebro se desconectó y me di al placer y al disfrute.

Al otro día camino a casa no hablamos, yo seguía teniendo la imagen de sus dedos, de la forma de su mano sosteniendo mi espalda, cuando llegamos a destino sólo nos dijimos adiós y en la puerta de mi casa me di cuenta que no le pedí su número y solo tenía su nombre de pila así que imposible rastrearlo, entre a casa sintiéndome enojada y con rabia. Cerré los ojos con fuerza e intenté recordar más detalles de él, de su casa, pistas para recordarlo, pero solo venía a mi mente la forma de su mano en mi espalda, la textura de sus dedos, mi cuerpo a nivel molecular, él se diluía en el gozo que había sentido, en el nuevo reconocimiento que tenía de mi propio cuerpo, en la sensación de mis vértebras, de mi columna conectando todo mi cuerpo, él fue placer más que persona, fue llave más que humano. Los esfuerzos fueron en vano, pase días intentando recordarlo, pero fue inútil, solo la forma de su mano persistía, hice lo que siempre me ayuda a olvidarme un poco de mis pensamientos, bailar, me arreglé y decidí salir a mover el cuerpo a usar esa columna de la que ya era más consciente.

Fuimos con unas amigas a una discoteca de salsa, quería bailar y embriagar también la mente para que dejara de pensar y también quizás para que olvidara, pero eso no fue lo que pasó. En un momento de la noche alguien me sacó a bailar y por corto tiempo puso su mano en mi espalda, justo en el mismo lugar de la mano que quería olvidar, ya había bailado y mi cuerpo estaba atento, activo, la ropa que me cubría esa noche dejaba mi espalda al descubierto, así que pude sentir con claridad esa mano con todas sus líneas, terminada la canción me senté completamente en shock, tarde unos minutos en reaccionar, tuve que tomarme un shot para salir del espasmo pero fue allí que tuve la revelación, vi el único camino posible para reencontrarme con él, bailando, pero como se los dije, han pasado años y aún no ocurre, las manos que han tocado mi espalda no son su mano.



Andrew Filip



“ CARTA A MI PIE DERECHO ”

José Reinaldo Pol García

Querido pie derecho:

Esta misiva, que pongo a tu planta, es para agradecerte y explicarte el motivo de tener como ritual cada mañana, al abrir la puerta de mi hogar , hacerte que seas tú el primero en tomar contacto con el suelo y la temperatura ambiental. Lo realizo contigo porque deseo, y pido al mismo tiempo, que durante esa jornada todos los pasos que marques sean en sentido recto. Deposito en ti la responsabilidad, sin

despreciar a tu gemelo, y ruego que ese pie izquierdo sepa comprenderme. Puede que él hasta me agradezca que tú seas el avanzado.

Sois vos, amado pie, con vuestra pequeña cuadrilla de esos cinco deditos, mis adalides. Aunque sois fuerte precisamente en ese vigor reside vuestra delicadeza. Nunca ni a ti ni a tu gemelo os utilizaré para pisar la dignidad de nadie pues eso no es propio del pie. Vosotros sois para mantener erguido el organismo y caminar pero nunca para hacer zancadilla y causar traspies a otros. Tú , piececito querido, eres quien tengo como salvaguarda de mis días por eso el ponerte por delante es porque tengo plena confianza en ti y te la demuestro entregándote el primer paso de mi jornada.

Caminar con el pie derecho es una expresión que gracias a mi ritual la hago valer plenamente. El primer paso, el que recibe la información de la situación ambiental de mi entorno es tu planta que lo comunica a mi cerebro con celeridad mientras , mi mente piensa y pide que todas las actividades que realice durante esas horas me resulten gratificantes. Disculpa por ponerte el primero, pues aunque vas protegido por mi calzado seguro que muchas veces exclamarás:

-“¡ Deja de ponerme el primero, también mi hermano puede serlo!”

Pero yo a eso, acariciándote con una de mis manos , te diría:

-“ No te enfades tú, el del número de calzado 42, este es mi ritual para comenzar el día. Debías sentir orgullo por ser elegido para pisar el primero.”

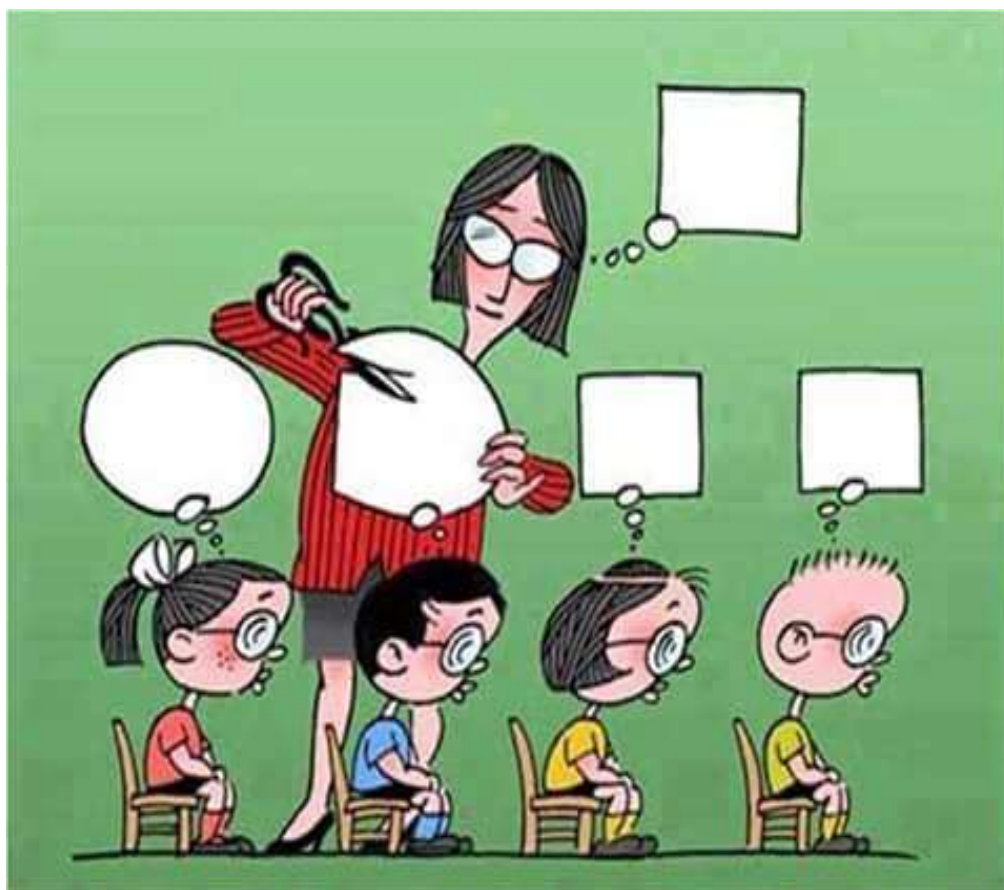
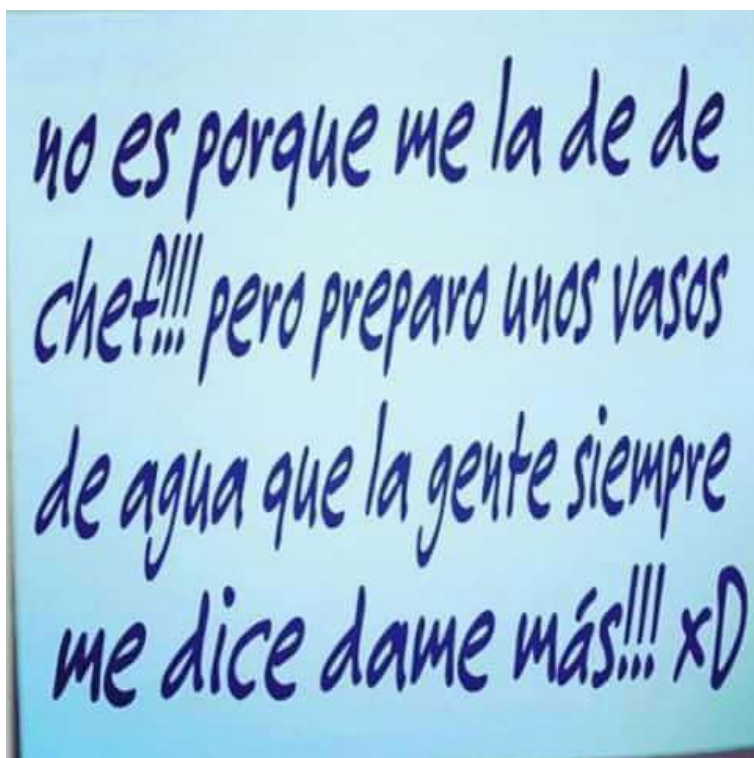
En tanto estás tú ya en la calle antes de sacar al izquierdo pronuncio estas palabras mirándote fijamente:

-“ Pie derecho , que no se tuerza mi caminar y que cada paso que des sea para bien propio y de mi familia.”

Luego me santiguo y, ya saco el otro pie .Al cerrar la puerta agarro la manilla dos veces para comprobar que queda esa cerrada, Marcho a iniciar la actividad programada y me olvido de ti, pero si se me desata algún cordón de tu zapato, si eso ocurre, me postro ante vos y, cuando termino de anudarlo os doy cariñosamente una palmadita de ánimo.

Un abrazo muy sentido de este que sostienes con la colaboración imprescindible de tu hermano. Que puedes ser durante muchos años el primero en iniciar mis pasos y seguro que me traerás dicha en cada nuevo caminar. En esta vida siempre que llegue un nuevo amanecer, al abrir la puerta , concederé a mi pie derecho el privilegio de ser el primero en salir a la calle. Pienso que él no se molesta, pues por contra, cual si fuera un niño que ansía correr, lo hace con alegría y si lo hiciera descalzo aún lo haría más feliz. Cuidemos nuestros pies sean izquierdo o derecho, pero, háganme caso, salgan al diario caminar con el derecho.

Pagina 30 Visto en redes



ANTROPÓFAGO

Voy solo al cine. No quiero que se me ponga nadie cerca y me siento en una de las primeras filas. El día menos pensado va a comerme la pantalla. Me aseguro de apagar bien el móvil. Sentiría bochorno si sonase. Cuando acaban los primeros anuncios y se apagan las luces, se sienta junto a mí un chico a quien la acomodadora acompaña. Hace ruido al comer. Un ruido repetitivo al morder las patatas alargadas. Ñam Ñam Ñam. Tres sonidos infernales que se repiten a intervalos milimétricos. Ñam Ñam Ñam. Siento poco a poco rabia. Molestia. Me siento culpable por no atreverme a decirle algo. Se ríe demasiado alto. A destiempo. Abre un paquete de frutos secos en un interminable acto. Cada vez que mete sus dedos lleva a cabo un concierto de plástico. Tras ello, abre la botella de refresco. Es como si no pudiera parar de echarse algo a la boca. No deja de beberlo. Como por obligación. Eructa. Parece que va a vomitar. Se queda dormido. Al despertarse, se agacha y rebusca en el paquete de palomitas. No queda nada. Noto que me mira.

-Sabe a pollo -le oigo decir con la oreja que aún me queda.

Alejandro Romero Chamorro

Cuerpos

Eran los años de 1983 cuando en el Caserío Tena cundinamarca Colombia, apareció una mujer joven muerta de alta, delgada cabellera negra ojos grandes elegante y hermosa. Su rostro reflejaba una sonrisa. Empezaron rumores de todo tipo porque nadie la conocía. En la radio empezaron a divulgar, que a los alrededores de la capital, ya habían encontrado tres cuerpos. Con la misma similitud jóvenes y bellas, la gente estuvo aterrorizada porque cada semana, pasaba lo mismo hasta un seis de diciembre de 1986 que Paty vivía en Bogotá salió de estudiar tarde, prefirió caminar esa noche y de repente un hombre la atrapó. por atrás tapando su boca con una extraña sustancia olorosa, que la dejó inconsciente, un rato instante cuando reaccionó vio alguien que se bajaba del auto y abría una puerta de una casona vieja. Luego volvió encontraba atada paty de pies y manos. Ella fingió estar inconsciente, ya adentro la soltó en un sofá grande, Paty abrió un poco los ojos y el lugar lucía inmaculado y organizado, también vio un hombre muy guapo de unos treinta años, que se servía un trago de un licor oscuro, como la luz era tenue no se podía ver bien el lugar un rato más tarde el hombre se fue a una habitación Paty volteó a ver a todos los lados y en una pared vio un colass de recortes de periódicos, dónde hablaban del asesino que sus víctimas morían sonriendo. Se escucharon unos pasos y el hombre guapo traía una cobija que abrigó a Paty. Y la dejó retirándose a su habitación. Cuando el hombre se devolvió a pagar la luz vio a Paty un momento y se retiró. La asustada empezó a soplar la cinta que tapaba su boca y logro quitársela de su boca, pero un rayo de luz alumbró su cara. Paty llena de terror quedó paralizada del miedo. El le dijo mi hermosa aquí me quedo Paty llorando le susurro señor déjeme ir. El hombre le dijo, depende de ti... A otro día el hombre le señalo a Paty con una señal que guardará silencio. Pero Paty grito fuerte y afuera una sirena se escucho. el hombre corrió a esconderse en un sótano. Tres policías tumban la puerta y sacan a Paty ilesa, rato después aparece otra patrulla otros. Policías se llevan el supuesto asesino, un policía le dice señorita la voy a llevar a su casa. Usted es una mujer con mucha suerte este hombre se le acaban de encontrar otras, mujeres enterradas en ese sótano, se está en investigando señorita. Porque este hombre mata a todas sus víctimas a cosquillas y las hacen reír tanto que sufren un infarto y miren y Paty interviene y las que encontraron. Él policía la interrumpe las mujeres enterradas en sótano las mataron con armas corto punzantes, porque no las pudo matar como las otras.

Elcy Galindo



VICTORIA

Se sentó en el viejo sillón orejero. Adoraba ese antiguo sillón granate algo descolorido y deshilachado, pero se resistía a tirarlo, recuerdos de la infancia.

Había sobrevivido a muchos años y a varias mudanzas, era casi el emblema de la casa. Había jurado llevárselo a donde quiera que fuera. Y ahí seguía, en el salón. Se sentó cómodamente aprovechando a poner las piernas al sol que entraba por la ventana de aquel primaveral domingo. Cayó en la cuenta que ya hacía tiempo que no hablaban y tomó su teléfono. Se dibujó una sonrisa en sus labios y se le desató la lengua.

¡Victoria! - gritó de alegría- ¿cómo estás? Sí, ya sé que hacía mucho que no te llamaba, pero chica, entre unas cosas y otras, ya sabes, el estrés diario...

Bueno, me apunté a pilates y súper bien...Ya te conté que, con la compañera de trabajo fatal, al final la echaron...Estoy pensando en hacer un viajecito por Galicia...Y tú, ¿qué tal van los preparativos de la boda?, me alegro tanto por ti...

De repente la conversación se paró en seco. Sofía se sobresaltó al ver a su marido en el umbral de la puerta. Ensimismada en su conversación, no lo oyó entrar.

¿Desde cuándo has vuelto a hacer esto, cariño? - le preguntó entre triste y enfadado- creía que ya no hablabas con ella. Lo tenías prohibido.

Sofía rompió a llorar cual niña pequeña. Déjame hablar con ella, por favor- le imploraba arrodillada como en un rezo- no me la quites. Es mi hermana.

Sí, Victoria es tu hermana, pero ya sabes que murió hace seis meses.

**Esther Blanco
Rodríguez**